

## Reseñas

JUNQUERA, Carlos, *Aspectos sociales de una comunidad primitiva: los indios harakmbet de la Amazonía peruana*, Editorial Mitre, Barcelona, 1991.

Si el antropólogo, como insisten aquellos que han reflexionado sobre el método etnográfico, debe convivir durante un largo período de tiempo con las gentes objeto de su trabajo de campo, no cabe duda que esta reciente publicación de Carlos Junquera se apoya sobre una base inmejorable: once años de experiencia en la región amazónica peruana.

El texto presenta, con la estructura clásica de una monografía etnográfica, la organización socioeconómica de los indios harakmbet del sudeste peruano — mejor conocidos entre nosotros como mashcos— y los problemas y perspectivas de su relación con la denominada «sociedad nacional». Tras unas primeras páginas de carácter metodológico, el autor nos introduce en el medio geográfico de las tierras bajas y la ceja de selva andina, identificando con detalle las especies animales y vegetales aprovechadas por los harakmbet, y en la conflictiva historia de los contactos con poblaciones procedentes de la cordillera, desde los ejércitos serranos prehispánicos hasta los caucheros y las actividades más recientes de misioneros católicos y protestantes. Se describe luego, en apartados sucesivos, el parentesco, la residencia, la educación, la organización política y económica, así como las relaciones con otras etnias de la región y su forma de integrar la presencia y la conducta del blanco, tanto en sus prácticas como en sus mitos.

Aunque el autor ofrece cuadros con información valiosa referida a la demografía, la producción agrícola, el consumo y la división del trabajo, se acusa la falta de comentarios y conclusiones que conecten tales datos con

algunos de los problemas que la historia de la investigación en el área amazónica, y sobre sociedades tribales con agricultura de roza en general, ha instituido como temas de debate. Estoy pensando, por ejemplo, en el análisis de las técnicas agrícolas en términos de productividad de las cosechas, fertilidad del suelo y distribución de las horas de trabajo; o en la evaluación de la importancia de la caza, la movilidad de los grupos y las formas nativas de entender y afrontar todos estos aspectos. El texto dibuja con detalle el papel del jefe o *curaca* en la circulación de productos mediante mecanismos de reciprocidad y redistribución, pero nos deja, en cambio, insatisfechos cuando clasifica a los individuos entrevistados en función de su prestigio y no se detiene a indagar sobre la manera de obtener ese prestigio y las eventuales ventajas que supone. El que todos estos temas surjan, de hecho, en la lectura, permite suponer la existencia de un material rico y abundante por elaborar en posteriores publicaciones.

Me atrevo a hacer un último comentario referido al método. En mi opinión, el autor sobrevalora en ocasiones el valor de su prolongada estancia en el campo, al presentar ésta, no ya como virtud del estudio, sino incluso como único argumento de validez para determinadas afirmaciones. No pretendo abogar aquí por un «Método científico objetivo», en el que los procedimientos de observación etnográfica hayan de ser radicalmente explícitos, repetibles por cualquier investigador y preferentemente orientados a la cuantificación. Actualmente son muchos los especialistas que señalan las limitaciones que tales requisitos suponen para la investigación en ciencias sociales; se subraya la importancia de una comprensión intuitiva, basada en un conocimiento profundo y directo del contexto. Parece obvio, sin embargo, que esto no evita la necesidad de reflexionar sobre las claves de la comprensión de aspectos particulares y hacerlo por escrito.

Jesús ADÁNEZ PAVÓN

HASSIG, Ross: *Aztec Warfare. Imperial Expansion and Political Control*. University of Oklahoma Press, Norman, 1988, 404 pp. Incluye 33 ilustraciones, una tabla y 21 mapas.

La guerra está de moda. En el caso de los *azteca*, esa noticia, al contrario que en otros ámbitos de la vida, es buena. Durante siglos, el pueblo que dominaba el centro de México ha sido objeto de numerosos estudios en los que los lugares comunes han sido lo cotidiano y las interpretaciones novedosas lo inusual. Por fortuna, esa tendencia se va cambiando y cada vez es mayor el número de «incrédulos» que no acepta a priori las palabras de sus mayores y busca explicar viejos problemas transitando nuevos caminos, por más que algunos de ellos estuvieran prácticamente cantados. Algo de eso ocurre con la obra que ahora comentamos. Era obvio que para estudiar un estado que se expandió hasta constituirse en un imperio de regular tamaño, era necesario realizar un análisis profundo de la manera en que lo hizo. Y si la expansión se

produjo por medio de la conquista armada, pues la guerra era el tema a abordar, primero. Así lo hace Ross Hassig en su nuevo libro, pero no es el primero. Antes que él, José Lameiras había realizado un interesante estudio de la guerra en Mesoamérica<sup>1</sup>, que no aparece citado en esta obra, lo cual nos permite abordar el problema de la escasa difusión que los estudios publicados en castellano tienen en los Estados Unidos, incluso los libros publicados en México.

El libro de Hassig tiene una temática más amplia que el de Lameiras, aunque no corresponde exactamente al subtítulo del libro, por cuanto la expansión es tratada en ocho capítulos, y el control político, en un apartado de las conclusiones. El autor, tras centrarnos en el tema en la «Introducción», divide el libro en dos partes muy relacionadas. En la primera, se analiza la manera en que la guerra era llevada a cabo por los *azteca*. Aparecen en ella el ciclo de vida militar, las condiciones de la guerra: declaración, preparación y movilización; la marcha y la acampada; las armas de ataque y de defensa; el combate y su resultado: victoria o derrota. A través de estas páginas, que llenan casi la mitad del texto, Hassig va desglosando los elementos que le permitirán después presentarnos la historia militar de los *mexica*, que constituye la segunda parte de la obra. Aquí se trata de realizar una recopilación, con un sustancial esfuerzo de síntesis de los datos repartidos en diversas fuentes, de las hazañas de los señores de Tenochtitlan, sobre todo después de la emancipación de Azcapotzalco. Un capítulo recoge a los primeros señores, para después dedicar uno a cada uno de los sucesores, hasta la llegada de los españoles.

El libro es muy interesante. En primer lugar, tiene un valor teórico: aplicar a Mesoamérica Prehispánica teorías y estudios realizados en y para otras regiones y utilizar el sentido común: para comprender un estado guerrero, una buena vía puede ser analizar las condiciones en que hace la guerra. Es importante también la importancia que se da a la diacronía. Las sociedades —y sus componentes— evolucionan, y la guerra *mexica* debió hacerlo también. No podían actuar de la misma manera los nómadas que buscaron un lugar donde asentarse en el siglo XIII que los Señores del Anahuac que se enfrentaron a los hombre barbados. Un pueblo tributario no guerreaba igual que una potencia dominante. Hassig se une así a los pocos autores que han considerado que el proceso evolutivo del estado *azteca* era importante y lo han reflejado en sus investigaciones. Pero no trata de hacer una historia total. El se ocupa de los hechos militares y poco más. Una constante, que podemos relacionar con otros trabajos suyos, es la capacidad de movilidad. Así, plasma en mapas las rutas de las conquistas y discute su duración en términos de la distancia recorrida y los días necesarios para hacerlo en las condiciones de transporte mesoamericanas, a los que había que sumar días de descanso y de batalla. Ahí tenemos revelaciones interesantes que nos han de hacer cavilar, entre otras cosas, porque cuanto más grande es un ejército, también es más lento. Tenemos muchos datos en esta

---

<sup>1</sup> Lameiras, José: *Los Déspotas Armados*. El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán, México, 1985, 229 pp. Véase nuestra reseña en REAA, XVI: 306-307, 1986.

obra, que nos facilitan el planteamiento de problemas, y el servir de incentivo es uno de los valores del libro.

Por ejemplo, un tema en el que Hassig discrepa de otros autores es en el valor atribuido a la guerra contra los españoles como fuente para el estudio de la guerra mesoamericana. El autor defiende que, dado que el ejército enemigo presentaba tácticas y estrategias desusadas, la respuesta *mexica* hubo de adaptarse a ella, por lo que no fue ejemplar. La idea es sugerente, pero debe tratarse con cuidado y mantenerse o negarse con argumentos sólidos, procedentes de una investigación minuciosa.

No sabemos si es propósito del autor desarrollar algunos de los temas que plantea en las conclusiones, pero, asumiendo el riesgo de estarnos anticipando a sus planes, vamos a provechar estas líneas para exponer algunas sugerencias y, cómo no, discrepar del autor en algunos puntos.

Con respecto al conjunto de la obra, consideramos que el ceñirse al tema elegido dificulta en ocasiones la necesaria relación con el conjunto. Hassig discute con cuidado la capacidad de marcha de los ejércitos y nos descubre tácticas como las de enviar partes del ejército separadas, para disminuir tardanzas y riesgos. Nos revela los largos viajes que los ejércitos hubieron de realizar en algunas de las campañas —hasta noventa y nueve días para la expedición de Ahuitzotl al Xoconochco (p. 217)—, y nos habla de los efectivos que realizaban esas marchas. Aquí sería posible realizar una crítica: en esos cálculos no se habla de los días necesarios para reunir los ejércitos ni de dónde se realizaba la concentración. Es cierto que en algunos casos se habla de las ciudades de procedencia, pero debemos pensar que esos serían centros secundarios de reunión, en vista de las cifras ofrecidas. La cuantía de guerreros movilizados nos obliga suponer que procedían de muy diversos lugares, más o menos cercanos a Tenochtitlan, por lo que su reclutamiento debía estar reglamentado, y se requerirían días adicionales para su viaje al centro de reunión.

Hassig discute brevemente el tamaño posible del ejército movilizable por el centro de México (pp. 58-60), ofreciendo un rango máximo de 258.000 a 569.750 hombres. Eso, bajo condiciones de movilización total. Si nos limitamos a los varones entre veinte y treinta años, serían 105.000. Claro, también dice que en los casos registrados de ejércitos mayores, el área de reclutamiento sería mucho mayor. Todo eso está bien, así como la discusión de cuánto personal de apoyo requiere un guerrero (63-65 pp.). El problema estriba en no aplicar este cuidado con las cifras en la segunda parte, extendiendo las reflexiones al funcionamiento de la ciudad. No es lo mismo una población asediada y en peligro, que el corazón de un imperio supuestamente poco firme, enviando un ejército a una campaña. Por ejemplo, en la campaña de Motecuhzoma Xocoyotzin a Tututepec se cita un ejército de la Triple Alianza de 400.000 hombres (cuatrocientos mil hombres) (p. 227). Más adelante (p. 229) se cita otro de 200.000 hombres. Se cita la fuente, pero no se discuten las cifras. Creemos que debe hacerse, pues es un ejercicio interesante. Veamos unas muestras:

En primer lugar, debíamos indagar de dónde provienen, para tener cierta idea de la población que los sostiene. Si nos limitamos al valle de México, y

aceptamos las cifras altas de población, no estamos lejos del límite que Hassig daba. Es decir, con 2,65 millones, y una distribución regular de los sexos, aproximadamente, un tercio de los varones, incluidos niños y ancianos. Hassig (p. 60) nos dice que los varones entre veinte y cincuenta años constituían el 43 por 100 de los varones. Un ejército de tales dimensiones supondría que el 75 por 100 de los varones en edad útil habría salido del valle: *¿cómo seguía funcionando éste?, ¿quién cultivaría, comerciaría, guardaría la ciudad?, ¿cómo se mantendría viva la compleja ciudad de Tenochtitlan?* Cifras de ese calibre sólo pueden aceptarse en condiciones como las del asedio por Cortés. Además, la campaña referida se realizó en 1505-1506, y nuestras estimaciones poblacionales corresponden a 1519. Posiblemente, para casi quince años antes, deberíamos revisarlas a la baja, lo que limitaría aún más las posibilidades de levantar un ejército de tales dimensiones. Es decir, que la cifra de 400.000 hombres en esa campaña no es aceptable para los volúmenes de población que aceptamos. Y si queremos creer en ella, debemos de pensar que había más gente en el lugar de origen. Además, los problemas logísticos de marcha y aprovisionamiento serían tremendos. Siguiendo también las reflexiones de Hassig, los movimientos debían tardar días, *por lo que la velocidad de marcha y la operatividad se reducirían considerablemente*. Las cifras son bastante traicioneras en las condiciones en que debemos usarlas, y debemos pensar que son herramientas de discusión y no verdades. En este caso, creemos que los cuidadosos análisis del autor en la primera parte cuestionan gravemente la cuantía de los ejércitos. Hay que buscar otra explicación.

Hemos de reconocer que nuestro principal interés se cifraba en el «control político», donde esperábamos encontrar un análisis de la estructura del imperio y de su evolución. No tuvimos suerte. El tema aparece en el capítulo de conclusiones y consideramos que su tratamiento es un poco ligero, desaprovechando en ocasiones el material aportado por las investigaciones que las preceden. Ahí, Hassig nos demuestra lo difícil que es romper con las ataduras, y nos ofrece un panorama administrativo del imperio *azteca* muy próximo a las descripciones clásicas.

En las páginas 256-257 se nos dice que las ciudades conquistadas no cambiaban sustancialmente y que el tipo de imperio no necesitaba una ocupación continua del espacio. Conste que estamos de acuerdo con esto último, pero no nos es explicado satisfactoriamente. Se nos habla también de diferencias en el proceso de conquista, *en función de la distancia, y que la estructura política no era uniforme* (p. 257), pero más adelante se indica (p. 262) que había dos funcionarios de tributo por provincia.

Creemos que parte de estos problemas desaparecen al no limitar a los *azteca* la investigación, sino ver las cosas desde otro lado. En la guerra hacen falta dos bandos, y hay vencedores y vencidos. En los imperios hay capitales y provincias. Ya tenemos una buena explicación de la guerra, pero aún no la tenemos de los resultados que produjo, ni de su evolución. Afirmaciones como que las guerras entre tributarios no afectaban a las relaciones con los *aztecas* (p. 257) deben ser demostradas, pues su importancia es vital para determinar la estructura del

imperio. La visión centralista no nos explica, por ejemplo, si las provincias tributarias efectuaban guerras de conquista por cuenta del imperio. Su existencia nos obligaría a reconsiderar nuestra visión de la estrategia global. Hassig parece pensar que no era posible y que los *azteca* llevaban el peso en todas las guerras. Su posición frente al papel de las guarniciones y fortalezas (pp. 259-261) es reveladora. En esas líneas no se menciona ninguna fuente cuando en ellas se encuentran numerosas referencias a las tropas dejadas en los lugares conquistados, sobre todo en las *Relaciones geográficas de Indias*<sup>2</sup>.

Precisamente este grupo de documentos constituye una fuente de primera magnitud. En ellas no sólo aparecen las guarniciones, sino los gobernadores, los recaudadores de tributo, etc. Afirmaciones como la mencionada de que sólo hacían falta dos funcionarios de tributo por provincia, quedan desmentidas por las respuestas al cuestionario de 1577, si no lo fueran ya por documentos como el *Códice Mendoza*, en el que se lee:

Los pueblos en esta plana y en la de atrás contenydos y figurados e nonbrados fueron gobernados por los caçiques y prncipales de mexico puestos por los señores de mexico por el amparo y buen gobierno de los naturales y por que enteramente tuviesen a cargo de recoger y mandar recoger los rentos y tributos que estaban obligados a dar y tributar al señorío de mexico y para seguridad de los pueblos por que no se rebelasen (*Códice Mendoza*, f. 18r).

Los pueblos figurados y nombrados en las dos planas siguientes resumidos aquí son veinte y seis pueblos en los cuales los señores de México desde que fueron conquistados por ellos tenían puestos calpixques en cada uno dellos y en lo más principal dominaba sobre todos ellos un gobernador para que los mantuviese en paz y en justicia y les hiciese cumplir sus tributos y por que no se rebelasen (*Códice Mendoza*, f. 21r).

Hay más ejemplos en el mismo *Códice* mediante los cuales se establece con claridad que los pueblos que aparecen son aquellos en los que había algún funcionario *mexica*. Creemos que, como ilustración, es bastante.

Hassig (p. 259) manifiesta que la presencia de las guarniciones en las provincias habría hecho cambiar el sistema de alianzas. Probablemente hubiera sido así, y el Imperio hubiera evolucionado ya más de los que él supone. Como bien afirma, no se encontraba al límite cuando los españoles llegaron, y puede que lo que se hubiera emprendido es un proceso tendiente a ejercer un control más efectivo, lo que llevaba aparejada la complejización de la estructura administrativa. Hay muchas preguntas que guardan respuesta, e investigaciones como la que Hassig nos presenta aquí deben ayudarnos a hallar soluciones.

Queremos finalizar resaltando que el libro nos ha gustado mucho. Más el cuerpo que las conclusiones, como ha quedado claro, pero éstas han servido para estimular reflexiones que habrían tardado mucho en aflorar o no lo habrían hecho nunca. Es bueno que crezca el número de los interesados en estudiar el

---

<sup>2</sup> Ver nuestro trabajo «La organización del Imperio Mexica», en *Revista Española de Antropología Americana*, XXI: 145-169, 1991.

estado *mexica*, y mejor que puedan discutir sus ideas. Con ello podremos refinar nuestros argumentos, pulir las afirmaciones y mejorar —en definitiva, es de lo que se trata— nuestros conocimientos del pasado mesoamericano y sus relaciones con el marco conceptual de las ciencias sociales.

José Luis DE ROJAS<sup>3</sup>

CEA GUTIERREZ, Antonio, Matilde FERNANDEZ MONTES y Luis Angel SANCHEZ GOMEZ (Coordinadores). 1990. *Arquitectura Popular en España*. Biblioteca de Dialectología y Tradiciones Populares. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 703 pp.

Los coordinadores recopilan las comunicaciones que ofrecieron diversos estudiosos en las Jornadas sobre Arquitectura Popular en España, celebradas en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en su sede de Madrid, durante los días 1 al 5 de diciembre de 1987. Las mismas fueron estructuradas en cinco grandes apartados: I) Teoría e interpretación de la arquitectura popular, II) *Visión histórica e iconografía de la arquitectura popular*, III) *Los oficios en la arquitectura popular*, IV) Tipología y áreas en la arquitectura popular y V) El futuro de la arquitectura popular. El Congreso se organizó como una parte de las actividades dentro de un programa de investigación más amplia que lleva por título «Etnología y Etnografía de España». Las exposiciones tuvieron un resumen final o visión de conjunto, con la correspondiente discusión, dato que permitió poner de relieve la importancia de un tema que tiene una historia rica, un presente y lo que quedó a la espera es cómo se desarrollará el futuro de este tipo de construcciones en las diversas autonomías y regiones españolas, pues es un asunto en el que tendrá mucho que ver la sensibilidad de quienes tienen la misión de salvaguardar el patrimonio artístico y cultural.

Las primeras intervenciones, coordinadas por Manuel Mandianes Castro estuvieron motivadas por la existencia y uso de espacios dedicados y «controlados» por las mujeres y los hombres, y abarcó a la casi totalidad del territorio nacional, tocando el paisaje tradicional, los monumentos históricos, la injerencia social a la hora de planificar las edificaciones, lo pictórico de unas regiones frente a otras, la evolución sufrida por el impacto del turismo, de los criterios industriales e incluso los restos que presentan algunas comarcas ante el creciente «desierto humano» o abandono de las áreas propias por motivos de ese fenómeno tan generalizado en la España de los últimos treinta años y que se ha venido en denominar «éxodo del campo a la ciudad». Las comunicaciones no estuvieron exentas de ser interpretadas desde diversas ideologías: simbolismo, materialismo,

---

<sup>3</sup> Departamento de Historia de América II (Antropología de América), Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid, 28040 Madrid.

funcionalismo, etc., pero sin plantear ningún tipo de enfrentamiento; más bien la tendencia estuvo orientada a cómo preservar este patrimonio.

Las ponencias del segundo apartado estuvieron coordinadas por Antonio Cea Gutiérrez y se centraron principalmente en considerar las construcciones populares en consonancia con los documentos históricos de cada época, no dejando de lado la presencia islámica o la europea con la impronta correspondiente para cada zona, o los enfrentamientos socioeconómicos y religiosos que aparecen en base a controlar ciertas zonas que se fortifican para cumplir con los fines requeridos. Instituciones claves, como son la Iglesia y la nobleza, aparecen ligadas a la arquitectura. Resulta curioso que una ciudad como Madrid, capital del Reino, ofrezca una denominación parroquial para sus demarcaciones, pero no para sus calles y que no se modifique este detalle hasta 1834, demostrando el dominio que ejercía la Iglesia, dato que puede constatarse aún haciendo un recorrido por los barrios de los tiempos de los Austrias y de los Borbones. La nobleza y burguesía dejan también su impronta en la arquitectura, pues con ello se demuestra el poderío económico, el *status* y la calidad de vida frente a los que residen precisamente en lo que denominamos con el vocablo *popular*, que, de un modo u otro, sabe también matizar el interior frente al exterior de su vivienda.

El tercer grupo de comunicaciones, coordinadas por Joaquín González Echegaray, se dedicó a los oficios (canteros, albañiles, carpinteros, etc.), que exige la edificación de una arquitectura cuyo destino es albergar a las masas pobres de las más diversas regiones españolas, o posibilitar una serie de actividades relacionadas con el capítulo socioeconómico, como pueden ser los molinos, las tejerías, etc., de las que dependían una buena parte de la población y cuya consecución representaba una inmejorable posibilidad de conseguir ingresos. La documentación es abundante y se nota en ella un cierto dominio de especialistas procedentes de la parte septentrional que, lejos de interactuar en su zona, deben acudir a regiones alejadas para poder desempeñar su papel. Gallegos, asturianos, cántabros y vascos ofrecerán su fuerza de trabajo y su buen hacer en Madrid, Salamanca, Extremadura, etc., y demostrarán un buen conocimiento de cómo tratar la piedra, mientras que sus familias quedan residiendo en chozas de madera. Se ve, pues, una relación directa entre *especialidad* y *necesidades económicas*, dato en el que parecen estar de acuerdo todos los especialistas.

El cuarto apartado, coordinado también en su primera parte por Joaquín González Echegaray y por Luis Vicente Elías en la segunda, centró sus comunicaciones en la tipología que ofrecen las diversas edificaciones en las regiones españolas. La España peninsular está representada en su casi totalidad y resulta útil e interesante su lectura, sin que ello suponga menospreciar lo anterior, que también es muy rico. Desde el punto de vista de la etnografía, creo que es un capítulo muy notable, en cuanto que conecta arquitectura con actividades, reflejando la importancia que, por lo mismo, pueda tenerse de una dependencia de la subida de las mareas marinas respecto de la molienda y del contrabando, como se apunta, por ejemplo, para el caso cántabro; la relación economía-ermidas en Bizcaia (Vizcaya), la conexión entre actividades agrarias y la casa-



patio de Castilla-León, crecimiento económico en la masía catalana, etc. El interés quedó reflejado en un debate final en el que entraron en juego las posiciones de cada uno, resaltando lo que podemos denominar tareas socioeconómicas.

El quinto grupo estuvo coordinado por María Rosa Suárez-Inclán y se centró en el futuro que tiene ante sí la arquitectura popular. Muchas de las posturas ofrecieron aportes para la conservación del patrimonio rural en las diferentes autonomías que configuran el Estado español. Más de una puso de relieve las dificultades que se tendrán a partir de la concordia o desavenencia entre Administración Central y Administraciones Autonómicas. Sin caer en el tópico del pesimismo, la concordancia se estableció en que el *devenir* será difícil, porque queda mucha tarea por realizar: inventarios, respecto al medio ambiente, preocupación por parte de las instituciones, etc.

El libro concluye con un denso apartado de bibliografía especializada que recoge manuales y artículos generales, en primer lugar, y después de cada autonomía en particular. Esta labor se debe al tercero de los coordinadores de la obra. Hay que reseñar también que tanto la apertura como la clausura estuvieron a cargo de don Julio Caro Baroja. Este autor, cuya autoridad nadie pone en duda, solicita que se siga profundizando y publicando de todos los apartados en que se divide la Etnología española con el fin de poner al día muchos temas ricos que han ido cayendo en el olvido; para lo aquí concerniente no cabe duda de que pide que se mantenga vivo el interés por la arquitectura popular española.

Unas Jornadas, como las que da a conocer este libro, merecen toda la atención de los estudiosos de etnografía, porque la evolución de la casa, del tipo de vivienda, la ocupación, etc., nos reflejan el modo de vida cotidiano de cada época. Las gentes sencillas, consideradas como «sociedades simples» en los niveles menos complejos, conceden la posibilidad de hacer una reflexión firme, pero también, entre otros, el planteamiento racional del *hábitat*, dato del que tanto se carece ahora, y reinterpretarlo en función del hombre y de las más diversas sociedades. La casa tiene función de cobijo, de apellido, de cohesión de grupo, de unidad de producción y consumo, de parentesco, etc., datos que suenan extraños en ambientes urbano-industriales, en los que se piensa más en la especulación. El tema ha sido objeto de muchas reflexiones, las aquí ofrecidas y otras, y es de suponer que aún dará más en el futuro.

La casa es un elemento imprescindible para el estudio de una cultura, pues enseña cómo se concibe el espacio y el lugar que debe ocupar en éste el cuerpo humano, así como las obligaciones que socialmente se imponen. El cobijo implica una auténtica educación de los movimientos propios de la vida cotidiana; es, si se quiere, una escuela pensada para el autodomínio en cuanto que debe facilitar la comunicación entre sus miembros y preservar su intimidad, o lo que es lo mismo: es uno de los principales *inventos*, porque cumple una función de primera necesidad en las actitudes mentales de quienes residen en ella.

No cabe duda de que la arquitectura popular ha cumplido un papel clave en el desarrollo psicoafectivo de las personas y de las sociedades. Debe, además,

servir de contraste para ejecutar una evaluación con lo que ofrece la arquitectura moderna, porque también afecta al ser humano. Las normas que definen hoy las áreas de servicios parece que vienen condicionadas por unas cotas «mínimas», en cuanto que la medida de 0,60 metros se presenta como la *unidad* de paso para que una persona se vea con las manos libres. Dormitorios inferiores a los 9 metros cuadrados y con sólo 2,50 m. de altura u otros con sólo 3,70 de superficie son los que ofrece la sociedad moderna, que se abandera, bajo muchos criterios, con el signo de gestar la *gran civilización*. No cabe duda de que lo tradicional puede ofrecer un capítulo de servicios inferior, pero concede más movilidad. Este es uno de los objetivos que deben considerarse a la hora de plantear su futuro a las administraciones correspondientes.

Carlos JUNQUERA

HEYERDAHL, Thor, y Arne SKJOLSVOLD: *Archaeological Evidence of Pre-Spanish Visits to the Galápagos Islands*. The Institute for Comparative Research in Human Culture, Norwegian University Press. Oslo. 1990. 107 páginas.

La obra que en esta ocasión llega a nuestras manos no es en realidad más que una nueva reedición del informe arqueológico original publicado por los autores en el año 1956 en las páginas de la prestigiosa revista *American Antiquity*. Y en el mismo se describían entonces los resultados obtenidos por la llamada Expedición noruega a las islas Galápagos, efectuada tres años antes, en 1953, por un grupo de científicos de esta nacionalidad. Sin embargo, la razón que ha impulsado o animado ahora a poner de nuevo en circulación esta moderna reimpresión es, al parecer, según declaran los propios editores, difundir, tanto los resultados conseguidos como las inquietudes que en su día se plantearon los integrantes de esta misión científica a la hora de llevar a cabo su experiencia, entre los numerosos estudiantes y estudiosos que durante las últimas décadas han aparecido y seguido con renovado afán las investigaciones arqueológicas producidas en el noroeste del continente sudamericano, en especial las relacionadas con las excavaciones llevadas a cabo en los valles costeros ecuatorianos y peruanos. Y ello, sin duda, por la evidente relación que guarda la arqueología de las mencionadas islas con la de la región americana citada.

En un principio, el interés que despertó el conjunto de islas que forman el archipiélago de las Galápagos entre los miembros de la expedición noruega estaba directamente relacionado con el particular interés demostrado algunos años antes por uno de los autores, el famoso y en ocasiones polémico etnólogo Thor Heyerdahl, por los posibles contactos y las migraciones producidas a través del océano Pacífico, desde el continente suramericano hacia la Polinesia, y ello ya desde la época preincaica. Con esta teoría, lanzada y sustentada en la utilización de embarcaciones confeccionadas con distintos materiales, madera

de balsa y totora, sobre todo, que habría de plasmarse en su conocido periplo a bordo de la renombrada embarcación «Kon Tiki», en 1947, T. Heyerdahl quiso probar la efectiva realización de tales contactos y, aunque su hipótesis de partida no quedó demostrada, sí probó ampliamente las capacidades maríneas de las embarcaciones prehistóricas de la costa del noroeste suramericano. Posteriormente, este mismo afán por los contactos marítimos de un continente a otro, y por las islas como obligados puntos intermedios, habría de llevar al inquieto antropólogo hacia nuevas navegaciones transoceánicas en otros mares y a nuevas excavaciones en otros ambientes insulares, como la isla de Pascua, e incluso al parecer en la actualidad, casi octogenario ya, a un proyecto reciente en las islas Canarias.

En cualquier caso, el objetivo principal se vinculaba, tal como queda dicho, con la historia de las navegaciones prehispánicas a lo largo de toda la costa del océano Pacífico, que va desde Ecuador y el sur de Colombia hasta el norte de Chile, actividad esta que había de haber sustentado un tráfico marítimo y comercial entre distintos pueblos bastante importante, y en cualquier caso muy superior al que muchos investigadores americanistas estaban dispuestos en aquellos años a admitir o aceptar. Y no sólo se pretendía apuntalar firmemente el conocimiento de los intercambios marítimos a lo largo de las líneas costeras, sino que también se aspiraba a dejar bien sentado que con cierta frecuencia estas naves efectuaban travesías en profundidad en el interior del mar, es decir, navegación de altura, tal como el trabajo de campo quería probar con respecto a las islas Galápagos. Sobre este particular se tenían diversas noticias de las visitas llevadas a cabo por pescadores y marinos prehispánicos de la costa peruana y ecuatoriana, gracias a la documentación escrita, proporcionada por los primeros cronistas españoles, como el Obispo de Panamá Tomás de Berlanga —primer europeo que tocó en 1535 el archipiélago—, pero sobre todo por Pedro Sarmiento de Gamboa y Miguel Cabello de Balboa, quienes se habían ocupado fundamentalmente de la historia incaica, pero que nadie se había molestado en comprobar sobre el terreno en la época actual.

Con estas premisas, y seleccionados los lugares que se consideraron más a propósito en las islas de Santiago, Santa Cruz y Floreana, se excavaron cuatro áreas de ocupación humana que dieron como resultado la localización de once campamentos, los cuales arrojaron un total de mil novecientos sesenta y un fragmentos de factura precolombina, además de otros escasos artefactos, de los cuales, casi un treinta y cuatro por 100 fueron identificados como semejantes con la cerámica conocida en la costa de Perú y Ecuador, y el resto, en su gran mayoría, quedaron sin identificar por las insuficiencias que presentaba el mismo material. A este respecto, es preciso advertir que la cerámica mejor representada y más conocida era la peruana, sobre todo la de origen preincaico, en su mayoría relacionada con los períodos Tiahuanaco, Chimú e Inca.

Del mismo modo, la existencia de una especie silvestre de algodón en el archipiélago de las Galápagos, estudiada por Hutchinson, Silow y Stephens, simple variedad de la especie aclimatada en los valles de la costa norte peruana, permitió profundizar en los contactos y las aportaciones provenientes del este,

aun a pesar de que no se tratase de un cultivo sistemático, sino probablemente ocasional, circunstancial o incluso accidental, tal como el mismo Junius Bird se inclinaba a pensar.

Del análisis de las líneas anteriores se desprende, pues, para los autores del informe que las islas Galápagos, distantes del litoral ecuatoriano novecientos cincuenta kilómetros —y, por tanto, más alejadas aún de las playas peruanas— fueron visitadas desde épocas remotas a lo largo del tiempo por grupos humanos distintos e incluso alejados entre sí, que en ningún caso efectuaron una ocupación permanente de las diferentes islas e islotes, sino tan sólo ocasional o estacional y, por tanto, que eran conocidas y utilizadas por los navegantes prehispánicos como «puesto de avance» de las actividades pesqueras habituales que desarrollaban en el océano Pacífico en busca de los bancos excepcionalmente ricos existentes alrededor de las islas, demostrando de este modo las capacidades y los conocimientos marineros de estas poblaciones asentadas en la costa de América del Sur, así como el desarrollo del arte de la navegación en su conjunto.

Por último, no nos queda más que reseñar que la edición que hemos venido comentando cuenta con una buena encuadernación y con un texto en parte bilingüe, en inglés y en castellano, destinado a poner la lectura del mismo al alcance de los investigadores hispanoamericanos, lo cual, además de ser un buen detalle, debería ser una pauta obligada a seguir por otros investigadores no hispanos que trabajan en el área y que nunca dejan al alcance de la población que les acogió generosamente unos trabajos que, en definitiva, forman parte del patrimonio cultural de esos países y no hacen más que enriquecer el conocimiento del pasado histórico de los mismos y, a la vez, del conjunto de la humanidad. Y decimos en parte porque de los diez capítulos que componen el trabajo falta la versión castellana de los tres centrales, destinados a la descripción de los yacimientos arqueológicos estudiados: James Bay y Buccaneer Bay, en la isla de Santiago; Whale Bay, en la isla de Santa Cruz, y Black Beach, en la isla Floreana; así como a la identificación de los artefactos rescatados, en su inmensa mayoría fragmentos de cerámica preincaica.

Angel BARRAL GÓMEZ

STURTEVANT, William C., y Wayne P. SUTTLES, eds., *Handbook of North American Indians*, vol. VII, *Northwest Coast*. Washington D.C.: Smithsonian Institution, 1990, 777 páginas.

El de la Costa Noroeste era sin duda uno de los volúmenes más esperados de esta importante obra de la Smithsonian, y quizá sea precisamente esto lo que marque la impronta de los juicios que sobre él se están haciendo. La expectación respondía tanto a la importancia científica de los temas inmersos como a la necesidad de resumir y poner al día la gran magnitud bibliográfica, académica y científica que ha venido transformando sustancialmente el conocimiento que

se tiene de este área cultural desde la aparición del libro de Harold E. Driver *Indians of North América* en 1961 y de los primeros «handbooks» a comienzos de siglo. Quizá por ello no era fácil dar satisfacción a tantas expectativas.

En realidad, este volumen está a la altura de la media cuantitativa y cualitativa de toda la obra. Sus 58 artículos, más de 500 figuras (incluyendo tablas, mapas e ilustraciones), 93 páginas de bibliografía y 36 de índice constituyen en sí un valor que le hace imprescindible como obra de consulta o introductoria. Sin embargo, para el estudioso de la Costa Noroeste resulta un tanto desequilibrada por diversos conceptos.

La edición del tomo fue encargada a Wayne Suttles, y probablemente una gran mayoría de especialistas habrán alabado, al menos en principio, tal elección, de sobra merecida y prometedor. Lo sorprendente, no obstante, ha sido que, aunque por error de imprenta se hubiera omitido el nombre del editor, todos lo habrían adivinado, pues una simple lectura del índice avisa de que el libro ha sido concebido desde Portland (lugar de residencia del maestro). 15 artículos etnográficos sobre la provincia sureña (Salish Costeros y demás grupos) frente a seis de la provincia norteña, u ocho de la provincia central, resultan desproporcionados, tanto cuantitativa como cualitativamente. Y no porque realmente no sea necesario tal espacio para la provincia sureña. De hecho, ya era hora de que se mostrase por primera vez en un «handbook» la diversidad cultural de esta parte comparativamente ignorada (y a veces incluso menospreciada) dentro del área cultural, a la que en este tipo de manuales se solía mencionar como genéricamente Salish y luego se atravesaba como huyendo del desierto. Su complejidad exige un tratamiento relativamente amplio, y éste es un gran mérito del presente volumen. Pero las mismas razones son válidas para que no se incluyan en un sólo artículo de 18 páginas a los Tsimshian Costeros, los Tsimshian Sureños, los Nishga y los Gitksan, por poner un ejemplo.

Otro tanto puede decirse de la selección de los autores de cada artículo específico, pues si bien todos los que están son de reconocido prestigio y autoridad en su materia, también se puede echar de menos algún otro que precisamente hubiera venido a cubrir temas de las dos provincias menos favorecidas. Ello hubiera supuesto mayor extensión, pero habría constituido un remate antológico de una faena redonda. Y no hubiera producido desequilibrio en los gastos o el grosor del volumen dentro de la serie, ya que el Suroeste ha sido tratado en dos tomos: el Noroeste llega a las 924 páginas, y precisamente la Costa Noroeste no carece de mayor interés que cualquier otra área cultural. Conociendo al editor, cabe pensar que los recortes presupuestarios de la administración norteamericana en estos apartados puedan haber pesado de alguna manera al respecto.

El desequilibrio se vuelve a manifestar en otro sentido. Así, se hace un homenaje a los propios indígenas incluyendo a tres autores nativos como Arnold Booth (*Tsimshian de Metlakatla*), Rosita Worl (*Tlingit*) y Gloria Cranmer Webster (*Nimkish*), pero en cambio no se han respetado los propios gentilicios indígenas como Kwakwaka'wakw, Heiltsuk, Nuxalk o Nuuchah-nulth, en lugar de los erróneos Kwakiutl, Bella Bella, Bella Coola o Nootka, respectivamente,

que se siguen manteniendo aunque resultan ofensivos para los nativos (y son inexactos objetivamente) por el empeño de algunos antropólogos en seguir conservando unos nombres arbitrarios, injustificadamente generalizadores y manifiestamente sin sentido, pero que legitiman constantemente los privilegios colonialistas de los blancos sobre ellos. Así pues, aquí se ha dejado pasar una excelente oportunidad de restablecer unos gentilicios que son justos porque son los que ellos se dan a sí mismos en su propia lengua, sin depender de la arbitrariedad de un antropólogo o visitante extranjero; que son los únicos con los que ellos se identifican, y que son sobradamente conocidos en la British Columbia incluso por la gente de la calle.

El propio Suttles en la introducción justifica tal continuidad precisamente por su arraigo histórico en la disciplina, pero la Tierra, a pesar de que durante milenios se dijese que era plana, no dejaba de ser esférica, como finalmente hubo de aceptarse, y un error o una arbitrariedad de este tipo no tiene sentido que vea prolongada su vigencia por más tiempo. Esto resultaría más anecdótico si no fuese porque este volumen, como los demás de esta espléndida obra, está destinado a servir como marco de referencia por bastantes años, y los estudiosos comenzarán ahora a formarse su primera imagen de las culturas de la Costa Noroeste partiendo de este texto como perspectiva.

No obstante tales desequilibrios sólo se aprecian cuando el especialista aspira a profundizar en temas específicos, y sería injusto exigir a este volumen más de lo que pretende en sí el «handbook», que no es otra cosa que servir de manual básico, resumiendo el estado actual de las investigaciones sobre el tema. Quizá el mejor elogio que pueda hacerse de este libro es precisamente el alto nivel de expectativas que despierta antes y durante su lectura, pues aún tratándose de un manual básico, en general aporta un gran volumen de datos, y en ciertos aspectos llega a ser tan específico como cualquier trabajo de investigación, lo cual no hace sino alimentar unas expectativas en el estudioso que pueden llevarle a desear que en todo momento se rebase el nivel de manual.

El lector interesado encontrará en este libro una cantidad de información probablemente abrumadora, y para el especialista se impone como una obra imprescindible de consulta, pues no es fácil encontrar memorias que puedan retener tal volumen de datos, a no ser en los ordenadores. Pero este último estará siempre a las puertas de sentir la tentación de exigir un poco más, a fuer de ser injusto. También de esto debemos echarle la culpa a Suttles, pues el primer artículo propiamente dicho es suyo, titulado *Environment*, y en él sitúa el listón en cotas muy difíciles de igualar. El medio ambiente es con seguridad uno de los temas más significativos y complejos en el estudio de esta área cultural, y aquí el autor no ha escatimado ninguna de sus capacidades. Probablemente no sea aventurado afirmar que sólo con este artículo se ha asegurado en esta corrida la salida a hombros por la puerta grande, y que esa faena antológica seguirá comentándose y tomándose como punto de partida de cualquier investigación durante bastantes décadas. Era uno de los estudios que más falta hacía, y aquí se ofrece ahora para disfrute de los exigentes.

Siguiendo la línea de toda la obra, en este volumen se ofrecen igualmente

diversos apartados que incluyen artículos importantes no sólo propiamente etnológicos, sino también arqueológicos, históricos y etnohistóricos, que no habían aparecido en anteriores obras de esta índole más que de manera testimonial. Por tanto, éste es el primer manual etnológico de Norteamérica que se constituye no sólo como obra de consulta, sino que es, además, una muy interesante obra de lectura, y que, aunque con limitaciones, permite por sí sola hacer estudios iniciales o generales incluso con carácter ampliamente diacrónico, superando la imagen estática de estas culturas que solían transmitir los manuales antiguos. Una buena bibliografía recomendada en cada artículo, aunque a veces un tanto escasa, orientará suficientemente al lector para una mayor profundización en cada tema.

LEONCIO CARRETERO COLLADO